

Fernando García Calderón

De lo **VISIBILE** *y lo*
INVISIBLE

Diseño de cubierta: agustinescudero.com

Primera edición: 2018

© Fernando García Calderón, 2018

© ilustraciones: Xulio Formoso

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-977-7

Depósito legal: SE. 61-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

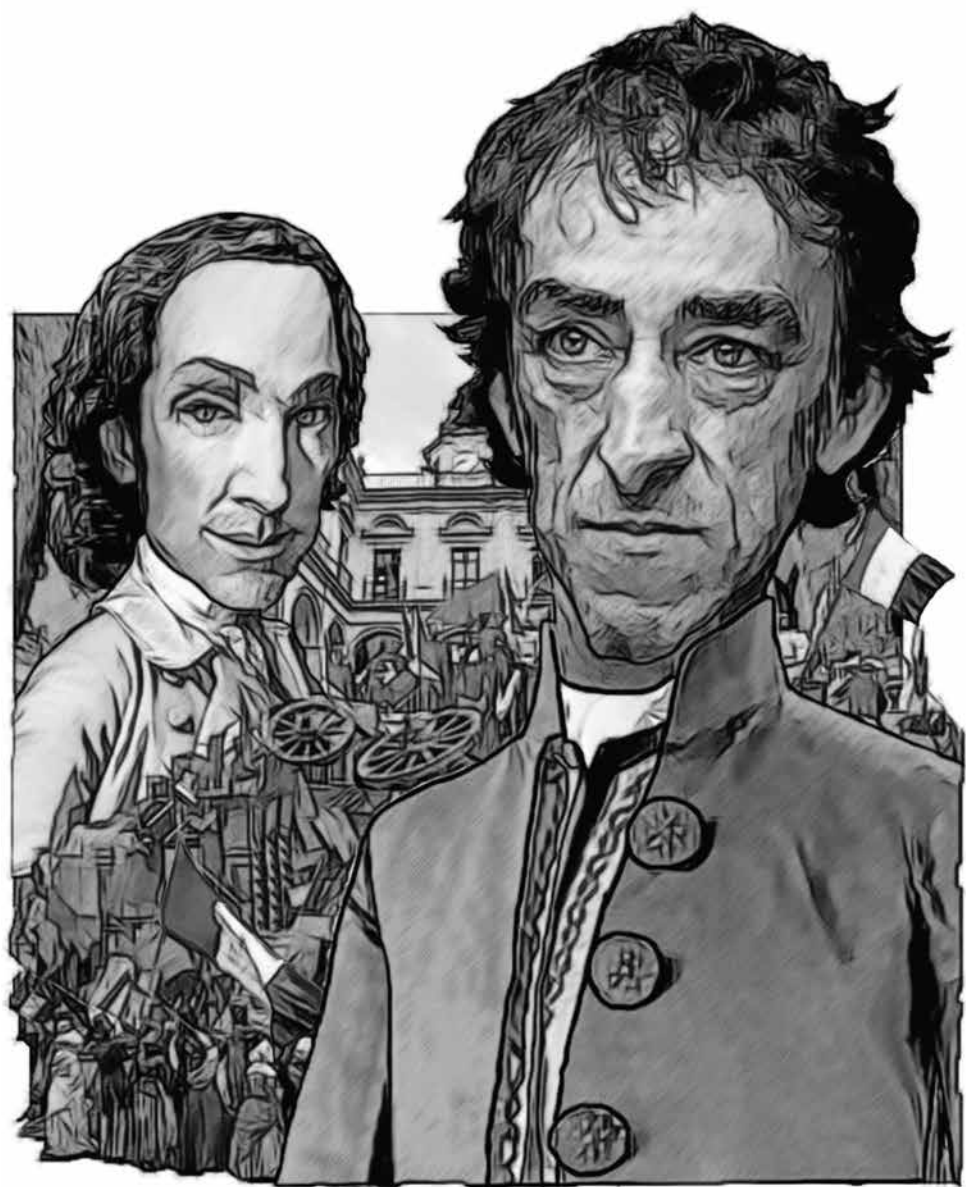
	Quando los mil contarás	15
	Si la duda ensombrece la razón.	19
I	Serán muchas las aguas en mi vida.	21
II	Salamanca por destino	27
III	La sombra de un arcón	36
IV	Acaso la salud sea como la hacienda	44
V	Don Diego de Torres Villarroel	51
VI	Al alba cabalga	58
VII	No hay necio que no sea confiado	65
	No habrá tratado, tranco ni trozo que detenerme puedan . . .	73
VIII	Torres, alquimista del engaño.	75
IX	No hay más virtud que la que destila el conocimiento.	81
X	Epifanía del terco Martín	89
XI	Agua elemental y jícara de chocolate	96
XII	... Y tres de infierno	104
XIII	La posada del Peine	113
XIV	Escéptico soy, como la medicina de Martín.	120
XV	Newton, Leibniz, Lulio.	127
XVI	Madrid, primavera de 1790	134
XVII	La casa de Liria.	141

Si la razón se rinde a la experiencia	149
XVIII Cátedra de Matemáticas y Astrología	151
XIX <i>Quod natura non dat</i>	158
XX El ingrediente secreto	165
XXI La ley de la gravedad.	171
XXII Las artes combinatorias.	179
XXIII En el palacio aciago.	186
XXIV La máquina de Lulio	192
XXV La ciencia y la superstición	200
XXVI El caballero de la Orden de Santiago	208
XXVII Maupertuis y el viaje a Burdeos	216
XXVIII Tras las huellas de una dama.	223
No habrá fantasía que verdad no sea	231
XXIX El monasterio de Rocamador	233
XXX El infructuoso exilio	240
XXXI Entre Floridablanca y Aranda.	246
XXXII Un billete como cebo	253
XXXIII El hilo de la vida	260
XXXIV La oca del apóstol	267
XXXV Las sombras del Real Hospicio.	275
XXXVI De Madrid a Salamanca, de Salamanca a Santiago.	281
XXXVII Un caballero para la caridad.	288
XXXVIII El Dios de los canteros	295
XXXIX La Coruña espera al que alza la mirada	303
Si la experiencia me conduce al peligro	311
XL Una logia en Fuencarral	313
XLI La muerte disconforme.	321
XLII En el quinto pino.	327
XLIII A perro flaco	334
XLIV Torrecilla de la Orden, camino de la jubilación.	341
XLV La maja desnuda	348
XLVI Un pacto firmado con sangre	354
XLVII El albedrío de Torres.	360

XLVIII	El jardinito de Aranjuez	368
XLIX	Ratas en las alcantarillas de Madrid	375
L	Silencio en la despedida	382
No habrá miedo que duela más que la cobardía		389
LI	Ardiente flogisto	391
LII	Si tiene alas, vuela y está presto	399
LIII	Dios es	406
LIV	Si Quevedo levantara la cabeza	413
LV	Como una madeja	421
LVI	La Superintendencia General de Policía	430
LVII	Cada tejado guarda un secreto	438
LVIII	Correrías por la ciudad	446
LIX	Alboroto en la festividad del Corpus Christi	454
LX	San Agobardo y su espada vengadora	463
LXI	La falsa masonería, como la falsa alquimia	472
LXII	El duelo	480
LXIII	Un atentado salvador	488
Si el peligro abre la puerta del cielo		497
	De lo visible y lo invisible	499
No habrá mayor paz que saber quién he sido, quién soy		515
Reconocimientos		517

Tú dirás (como si lo oyera), luego que agarres en tu mano este papel, que en Torres no es virtud, humildad ni entretenimiento escribir su vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida y filosofía insolente de un picarón que ha hecho negocio en burlarse de sí mismo y gracia estar haciendo zumba y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo diré que tienes razón, como soy cristiano.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL



CUANDO LOS MIL CONTARÁS

SI LA PROVIDENCIA ME OBLIGARA A REFERIR UNO SOLO DE los atributos de tan ilustre personaje, no pondría el acento en sus dotes para el baile o el hurto, la sacristanía, la lidia, la medicina, la predicción de los astros, la matemática, la lengua y la deslengua. Ninguno de esos artificios pesaron más que otros en su larga vida y su breve muerte, por mucho que mentecatos y doctos se empeñen en recordar gestas dignas de romance y meteduras de pie forzado. Hablaría, vive Dios, de su fe en sí mismo... y en mí.

Tan honrado y denostado prohombre no era otro que don Diego de Torres Villarroel, y aquella rara laudatoria no había salido de mis labios, sino del corazón ancho y fiel de un recio italiano. Niccolò Furio Hermes d'Amodeo, dijo llamarse, y su parlamento venía a corroborar el acierto de dejar Sevilla y acudir al galope a la Salamanca de mis desengaños juveniles. Defensor de la razón como siempre he sido, aún me costaba sacudirme la perplejidad que me había causado su visita nocturna. De contener siquiera una pizca de verdad, estaría llamada a remover la esencia misma de mi credo. ¿Cómo eludir semejante desafío?

A mis años, unas cuantas jornadas y menos de un centenar de leguas bastaron para agitar mi mundo con las nuevas de una revolución en la vecina Francia y el hallazgo de lo invisible que el catedrático y astrólogo Torres había mantenido oculto hasta el instante de su muerte y, más allá, hasta mi indagación en el palacio de Monterrey, cuatro lustros más tarde. Un alzamiento popular en pos de la justicia y un oscuro enigma enlazados en mis entendederas desde el día que leí una décima del Gran Piscator de Salamanca, como mi mentor se hacía llamar cuando dejaba la toga de enseñante y tomaba la de mago, mudando en uno de los muchos mesías de un vulgo tan aficionado a los almanaques como lo fuera a los romances de ciego.

Fecha en Madrid, a 13 de noviembre de 1755, el «Pro-nóstico y diario de cuartos de luna, y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de la Europa, para este año de 1756» incluía la más audaz de las predicciones. Aquellos versos no pasarán a la posteridad por su calidad literaria, sino por el prodigio que encierran.

Cuando los mil contarás
con los trescientos doblados
y cincuenta duplicados
con los nueve dieces más,
entonces, tú lo verás,
mísera Francia, te espera
tu calamidad postrera
con tu Rey y tu Delfín
y tendrá entonces su fin
tu mayor gloria primera.

Mil. Trescientos doblados que hacen seiscientos. Cincuenta duplicados que llevan a cien. Y nueve dieces más, noventa.

$$1000 + 600 + 100 + 90: 1790.$$

La calamidad habría de cernirse sobre el monarca y su heredero, poniendo término a la gloria del país de los eminentes impulsores del conocimiento y los deplorables gabachos. Torres había adivinado, con tres décadas de antelación, lo que pudo leerse en el *Mercurio de España* que abría la última de nuestro sacrosanto siglo. Luis José Javier Francisco, segundo hijo y primer varón de Luis XVI, falleció a la edad de siete años, sumiendo a su padre en un dolor al que seguirían, sin tregua, los levantamientos de julio. Había afinado tanto en su buena data que lo acontecido en la primavera y verano de 1789 se extendió como una bendita peste por toda Europa apenas unos meses después, coincidiendo con la cifra resultante de la aritmética misteriosa del Piscator.

Don Diego de Torres Villarroel, tanto tiempo después de recibir cristiana losa en el convento de los Capuchinos, insufló en mí el diabólico trastorno de la duda, peor si cabe que el mal fantasma que vino a ocupar mi cuerpo en tierras del virreinato del Perú. Sin él, nada de lo mucho cierto que aquí se ha de contar habría llegado hasta mis sentidos y mi pluma.

Si la duda ensombrece la razón



SERÁN MUCHAS LAS AGUAS EN MI VIDA

EL OCASO DE UN FEBRERO DE FRÍO PUÑAL HABÍA TRAÍDO hasta mi celda la desesperanza de mi querida Lima y la ilusión de ese París ilustrado que jamás visitaré. Desde mi atalaya divisaba una Sevilla más lánguida, difuminada por los vahos que, como ánimas en pena, flotan sobre las aguas del río. Mi espíritu cansado solía acomodarse en su estela, sabedor de que las arenas del tiempo, más pronto que tarde, arrastrarían mi carne mortal hasta su lecho. Y, sin embargo, no era tristeza el sentimiento que mi corazón removía con su latido. Hay momentos, en nuestro ordinario devenir, que la Providencia nos da a entender que algo se avecina, que, sea ángel o diablo, una fuerza invisible está a punto de toparse con nosotros, derribándonos hasta caer de bruces o elevándonos al cielo que perfila un nuevo horizonte. Así lo percibí cuando el crepúsculo vino a enmarcar la entrega de dos misivas de dispar tamaño.

La carta de fray Cristóbal del Castillo era menuda y llevaba por fecha 24 de noviembre, festividad de santa Flora. Su primera cuartilla venía a decir, con manifiesto pesar, que

los dueños de plantaciones e ingenios de Caracas, La Habana y Lima se habían dirigido a la oficialidad negándose a admitir, sin siquiera haberlo tenido entre sus manos, el llamado Código Negro. «Quod natura non dat, Salmantica non praestat», como reza el dicho de mis mocedades. Flaca confianza depositamos en una instrucción destinada a educar a los esclavos y atenuar el bárbaro trato que reciben, cuando deberíamos estar hablando de su pura y llana libertad. Después, y con menor concisión de la que le era frecuente, fray Cristóbal resumía las detenciones de varios amigos a causa de la puesta y rechazo de unos pasquines. Habían sido señalados por sus contactos con Santacruz y Espejo, el pujante médico de Quito con justas ideas libertarias. Lima se había vuelto una plaza con ojos en cada esquina y rincón, tan distinta a la villa alegre que conocí y disfruté en mi corta estancia en tan lejanas tierras. La despedida fue triste, como triste era el cierre de la carta. Fray Cristóbal luchaba contra unas fiebres tercianas de final incierto.

Cogí a continuación, con no poco recelo, el sobre lacrado que provenía de Cádiz. Carecía de remite, pero no tardé en descubrir quién era el amable hombre de letras que me ofrecía un ejemplar iluminado del *Mercurio de España*. No suelo leer la prensa, puesto que la censura de sus páginas me deja siempre con los pies fríos y la cabeza caliente. Esta vez estaba obligado a hacerlo. Mi estimado don Luis Cañas y Murillo firmaba una breve nota en la que me rogaba encarecidamente que fijase mi atención en los renglones subrayados de las páginas trece a la dieciséis. Enseguida constaté su importancia, quedando prendado de aquellos papeles y su mensaje entre líneas. «Bien quisiéramos correr un velo sobre la situación en que se ha hallado la Francia desde el mes de julio del año que acaba de expirar», comenzaba la parte dedicada a nuestros vecinos en

el discurso preliminar sobre el estado político de Europa durante el pasado 1789. Leí en voz alta, con ganas.

—Hablabamos solamente de los síntomas principales que en dicha época ha padecido el Reino, esperando del discernimiento de nuestros lectores que no pretendan encontrar aquí una relación circunstanciada de los progresos de la revolución acaecida en aquella Monarquía, ni de las causas que la produjeron...

Me detuve, sorprendido. «Los progresos de la revolución». Muy intenso debía haber sido el terremoto para que una gaceta amordazada se hiciera eco con tanto desagrado como intensidad. Instintivamente, giré la hoja y busqué la portada. No cabía duda. En letras destacadas, de mayor a menor relevancia conforme se avanzaba en ella, figuraban Mercurio, de España y enero de 1790. Proseguí la lectura, saltando los párrafos insustanciales para regodearme en lo marcado en tinta roja por don Luis.

—Meditaba el mismo Soberano corregir los abusos con la dulzura propia de su carácter y con el pulso y madurez que exigía lo arduo del asunto, apoyando las primeras deliberaciones de los Estados. Pero el pueblo, cuyo ímpetu tumultuoso no conoce freno, equivocó la voz de la libertad civil que su Monarca quería consolidarle y la confundió con una libertad absoluta que nunca ha existido ni puede existir entre los hombres juntos en sociedad. Instigado con sugerencias de oradores fogosos, no queriendo someterse a las disposiciones de la Providencia, atropelló las leyes de la obediencia y del decoro, abusó de la clemencia del Monarca y corrió a las armas. En breve, París vio teñidas con sangre las primeras páginas de la Constitución que se intentaba establecer. Desde entonces, el Reino ha sido expuesto a las calamidades de la anarquía, rotos progresivamente los vínculos del orden y la subordinación,

suspensa o sin actividad la justicia, destruida la armonía social y alterada la mutua confianza, brotando cada día nuevas inquietudes y nuevos y abominables atentados. Los caudillos de la revolución...

Allí estaba, ante mis ojos, el triunfo de la razón y la igualdad frente a los distingos que Iglesia y Reinado habían impuesto en la cristiandad y sus regiones limítrofes. Sólo había que interpretar correctamente aquella caligrafía cifrada. Deliberaciones de los Estados, Constitución, caudillos de la revolución, libertad absoluta... Como absoluta fue la servidumbre a la que sometió a su pueblo el rey ungido por la gracia de Dios. El ser humano lo sería de verdad, algún día no tan lejano. No pude contener las lágrimas.

Con la emoción de las nuevas, no alcancé el estado de reposo que mis males demandaban. El camastro parecía un nido de pulgas que atacasen mi piel y mis nervios, provocando una duermevela agitada, de la que escapaba entre visiones y falsos recuerdos de juventud en la Salamanca de mis ancestros. No sería más allá de medianoche cuando el sueño hecho espantajo me enfrentó a una de las clases particulares del insigne don Diego de Torres Villarroel, con el que mis discusiones en materias que nada debían a la matemática o la astrología eran sonoras y sonadas. Tradición frente a progreso, y viceversa. Más templado que de costumbre, apoyó su mano en mi hombro y soltó uno de sus acertijos.

—Serán muchas las aguas en tu vida, Tadeo, y muchos los anhelos que no verán puerto. Aprende a mantenerte a flote y, como ahora conmigo, no cejes cuando una lima, sorda y ávida, desgaste tus choquezuelas. Al final de tus días escritos tendrás cumplida recompensa.

Hay frases que se clavan en lo más profundo de la memoria para aflorar hasta en un sueño. Recordé aquellas pala-

bras tan vivamente que acabé despertando. Años habían pasado desde la última ocasión en que vinieron a mi mente y, en la lucidez que concede la inconsciencia, comprendí que ni una sola de ellas era errada hasta el mismo día de hoy. No precisé de la inspiración divina para levantarme con inusitado vigor y acudir a uno de los estantes menos consultados desde mi llegada a la Universidad de Sevilla. Allí, apretados entre obras de Antonio Hugo de Omerique y Gottfried Wilhelm Leibniz, se refugiaban algunos de los almanaques del Gran Piscator de Salamanca, comprados en tierras americanas a viajeros provenientes de Sevilla y Cádiz. No fue difícil hallar lo que buscaba. Leí para mis adentros, con temor a comprobar lo insoslayable, aquella décima que resumía el episodio más relevante de la Europa de este largo siglo que se acerca a su fin.

Me encontré con un reto que nunca se me había planteado. Jamás pensé que aquel hombre, que vi más como charlatán, filósofo y esteta que como adalid de la ciencia, estuviese en posesión de habilidades que sugerían artes adivinatorias y otras sustancias de lo oculto. Ante mis ojos estaba la prueba de cuanto había negado, defensor empedernido de la razón y sus ideas. El destino de Francia y mis propios avatares, tan desiguales en la balanza de la historia, habían salido de su boca décadas antes de poder ser verificados.

No es difícil imaginar qué llegó a desvelarme. Confieso mi debilidad, pues no era más que compasión por el porvenir propio. Si don Diego acertó al decir que serían muchas las aguas en mi vida, tantas como las del océano que nos separa de América y los mares que de ella navegué, si tiró de su socarroña gracia para avisarme de que contraería en Lima el mal fantasma que llaman quebrantahuesos, qué significado había de alcanzar esa enigmática sentencia que proclamaba que, al final de mis días, tendría contada recompensa.

Siempre di por sentado que el libre albedrío, y no la palma de la mano, marca nuestra biografía. Cierto es que todas las cosas predichas ocurrieron, pero no lo es menos que fueron impulsadas por mi voluntad. Como fue la voluntad del pueblo francés la que agitó los aires de Versalles, convirtiendo la brisa en vendaval y tormenta. ¿Debo esperar acaso que una recompensa orille mis ansias de conocimiento cuando la extremaunción esté al caer? ¿O se refería don Diego a ese más allá donde los justos reciben lo que aquí les negaron sus semejantes? No eran cuestiones baladíes. Con todo, la desazón que me invadió en el silencio nocturno, hasta erizarme, nada debía al Paraíso. Cómo creer, pregunté a mi sombra, en la infalibilidad del Piscator que había novelado su vida y milagros, jactándose de las hazañas más mezquinas, de las astucias más infames, de la mentira y de la media verdad, de su don para el engaño, de su gracia para el disimulo y la seducción de las almas de cántaro. De ser, en suma, caballero en la cárcel y truhán en palacio.

Nacido de la estirpe del apóstol Tomás, asumí que no había garantía en la predicción a mí dedicada ni manera de asegurarla. Sólo cabía, me dije impulsado por la intuición más primitiva, dirigir mis pasos hacia el verdadero enigma que encerraría don Diego: ¿qué alquimia acertó a dominar para adquirir la clarividencia que tanto ansío? Percibí, en el borbotear de la sangre en mis sienes, que mi corazón se rebelaba contra el sino y mi osamenta.

Alcé la vista hacia el horizonte que ignoraba la salida de un Sol deslucido, flaco como yo, me calcé las botas venciendo el dolor de mis zancas, tomé capa, sombrero, hato y brújula, saludé a cuantos me observaban como si fuese un resucitado y partí a picar espuelas rumbo a la Salamanca de mi desamor. No habría mal, meteoro ni justicia que me detuviesen en este empeño.